



Convenio y Conversación

Jonathan Sacks
THE RABBI SACKS LEGACY

BASADO EN LAS ENSEÑANZAS Y ESCRITOS DEL RABINO LORD JONATHAN SACKS

Con agradecimiento a la Familia Schimmel por su generoso patrocinio de Convenio y Conversación, dedicado a la memoria de Harry (Jaim) Schimmel. "He amado la Torá del Rabino Jaim Schimmel desde que la encontré por primera vez. No solo busca tratar acerca de las verdades superficiales, sino también en su conexión con una verdad más profunda que yace bajo la superficie. Junto a Ana, su notable esposa por 60 años, han construido una vida dedicada a amar a la familia, la comunidad y la Torá. Una pareja extraordinaria que me ha conmovido más allá de toda medida con el ejemplo de sus vidas." – Rabino Sacks

Ki Tisá

Traductor: Abraham Maravankin

Dos tipos de encuentro religioso

Enmarcando los acontecimientos épicos de la *parashá* de esta semana se encuentran dos objetos – los dos juegos de Tablas, el primero entregado antes, el segundo después, del pecado del Becerro de Oro. Del primero leemos:

"Las Tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios, grabada sobre las Tablas" (Éx. 32:16).

Quizás fueron los objetos más sagrados de la historia: desde el principio hasta el fin, obra de Dios. Sin embargo, en cuestión de horas yacían hechas pedazos, rotas por Moshé cuando vio el Becerro y a los israelitas danzando a su alrededor.

Las segundas Tablas, descendidas por Moshé el diez de Tishrei, fueron el resultado de su prolongada súplica a Dios para que perdonara al pueblo. Este es el acontecimiento histórico que se halla en la raíz de Iom Kipur (que cae cada año el diez de Tishrei) el día señalado para siempre como tiempo de favor, perdón y reconciliación entre Dios y el pueblo judío.

Las segundas Tablas diferían de las primeras en un aspecto. No fueron totalmente obra de Dios:

"Labra para ti dos Tablas de piedra como las primeras, y Yo escribiré sobre ellas las palabras que estaban en las primeras Tablas que tú rompiste" (Éx. 34:1).

De aquí surge la paradoja: las primeras Tablas, hechas por Dios, no permanecieron intactas. Las segundas Tablas, obra conjunta de Dios y Moshé, sí lo hicieron. Seguramente debería haber sido al revés: cuanto mayor la santidad, más eterna. ¿Por qué el objeto más santo fue quebrado, mientras que el menos santo permaneció entero? Esta no es, como podría parecer, una cuestión específica de las Tablas. Es, en realidad, un ejemplo poderoso de un principio fundamental en la espiritualidad judía.

Los místicos judíos distinguieron entre dos tipos de encuentro entre lo Divino y lo humano. Los llamaron *itaruta de-leilah* e *itaruta deletata*, respectivamente "un

despertar desde arriba" y "un despertar desde abajo". El primero es iniciado por Dios, el segundo por el ser humano. Un "despertar desde arriba" es espectacular, sobrenatural, un acontecimiento que irrumpe en las cadenas de causalidad que en otros momentos atan al mundo natural. Un "despertar desde abajo" no posee tal grandiosidad. Es un gesto humano, demasiado humano.

Sin embargo, hay otra diferencia entre ambos, en sentido inverso. Un "despertar desde arriba" puede cambiar la naturaleza, pero no cambia, por sí mismo, la naturaleza humana. En él no se ha invertido esfuerzo humano alguno. Quienes lo experimentan son pasivos. Mientras dura, es abrumador; pero solo mientras dura. Después, las personas regresan a lo que eran. Un "despertar desde abajo", en cambio, deja una huella permanente.

Porque los seres humanos han tomado la iniciativa, algo en ellos cambia. Sus horizontes de posibilidad se han expandido. Ahora saben que son capaces de grandes cosas, y porque lo hicieron una vez, son conscientes de que pueden hacerlo de nuevo. Un despertar desde arriba transforma temporalmente el mundo exterior; un despertar desde abajo transforma permanentemente nuestro mundo interior. El primero cambia el universo; el segundo nos cambia a nosotros.

Dos ejemplos. El primero: antes y después de la división del Mar Rojo, los israelitas enfrentaron enemigos: antes, a los egipcios; después, a los amalekitas. La diferencia es total.

Antes del Mar Rojo, se ordenó a los israelitas no hacer nada:

"No temáis. Permaneced firmes y ved la salvación que el Señor os traerá hoy. A los egipcios que hoy veis, no los volveréis a ver jamás. El Señor peleará por vosotros; vosotros permaneced en silencio" (Éx. 14:13-14).

Frente a los amalekitas, sin embargo, los propios israelitas tuvieron que luchar:

"Moshé dijo a Ieoshúa: 'Escoge hombres para nosotros y sal a combatir contra Amalek'" (Éx. 17:9).

El primero fue un "despertar desde arriba"; el segundo, un "despertar desde abajo". La diferencia fue palpable. Tres días después de la división del mar – el mayor de todos los milagros – los israelitas comenzaron nuevamente a quejarse – no había agua, no había alimento. Pero después de la guerra contra Amalek, nunca más volvieron a quejarse ante un conflicto – la única excepción, cuando regresaron los espías y el pueblo perdió el ánimo, fue un caso en el que dependieron de un testimonio de oídas, no de la inmediatez del combate mismo. Las batallas que se luchan por nosotros no nos cambian; las batallas que luchamos, sí.

El segundo ejemplo: el Monte Sinaí y el Tabernáculo. La Torá habla de estas dos revelaciones de la "gloria de Dios" en términos casi idénticos:

"La gloria del Señor reposó sobre el Monte Sinaí, y la Nube lo cubrió durante seis días. Al séptimo día llamó a Moshé desde el interior de la Nube" (Éx. 24:16).

"Entonces la Nube cubrió la Tienda del Encuentro, y la gloria del Señor llenó el Tabernáculo" (Éx. 40:34).

La diferencia entre ambos fue que la santidad del Monte Sinaí fue momentánea, mientras que la del Tabernáculo fue permanente – al menos hasta que se construyó el Templo, siglos después.

La revelación en el Sinaí fue un "despertar desde arriba". Fue iniciada por Dios. Tan abrumadora fue que el pueblo dijo a Moshé: "Que Dios no nos hable más, no sea que muramos" (Éx. 20:16). En cambio, el Tabernáculo implicó trabajo humano. Los israelitas lo hicieron; prepararon el espacio estructurado que la Presencia Divina habría de llenar. Cuarenta días después de la revelación en el Sinaí, los israelitas hicieron un Becerro de Oro. Pero después de construir el Santuario no hicieron más ídolos – al menos hasta que entraron en la tierra. Esa es la diferencia entre las cosas que se hacen por nosotros y las cosas en cuya realización participamos. Las primeras nos cambian por un momento; las segundas, para toda la vida.

Hay una diferencia adicional entre las primeras Tablas y las segundas. Según la tradición, cuando Moshé recibió las primeras Tablas, recibió únicamente la *Torá shebijtav*, la "Torá Escrita". En el momento de las segundas Tablas recibió también la *Torá she-beal pe*, la Torá Oral:

Rabí Iojanán dijo: Dios hizo un pacto con Israel sólo por causa de la Ley Oral, como está dicho: "...porque conforme a estas palabras he hecho un pacto contigo y con Israel" (Éx. 34:27).

La diferencia entre la Torá Escrita y la Torá Oral es profunda. La primera es la palabra de Dios, sin contribución humana. La segunda es una asociación – la palabra de Dios interpretada por la mente del hombre. He aquí dos de varios pasajes notables a este respecto:

Rabí Iehudá dijo en nombre de Shmuel: Tres mil leyes tradicionales fueron olvidadas durante el período de duelo por Moshé. Dijeron a Ieoshúa: "Pregunta" – por medio del *ruaj hakodesh*, el Espíritu Santo. Ieoshúa respondió: "No está en el cielo". Dijeron a Shmuel: "Pregunta". Él respondió: "Estos son los mandamientos", implicando que ningún profeta tiene derecho a introducir nada nuevo (Talmud Bavlí, Temurá 16a). "Si mil profetas de la talla de Eliahu y Elishá ofrecieran una interpretación de un versículo, y mil uno Sabios ofrecieran una interpretación diferente, seguimos a la mayoría: la ley es conforme a los mil uno Sabios y no conforme a los mil profetas". (*Maimónides*, Comentario a la Mishná, Introducción.)

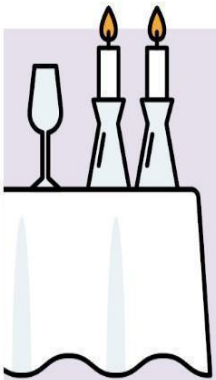
Todo intento de reducir la Torá Oral a la Escrita – confiando en la profecía o en la comunicación Divina – malinterpreta su naturaleza esencial como asociación colaborativa entre Dios y el hombre, donde la revelación se encuentra con la interpretación. Así, la diferencia entre ambas refleja con precisión la diferencia entre las primeras y las segundas Tablas. Las primeras fueron Divinas; las segundas, fruto de la colaboración entre Dios y el hombre. Esto nos ayuda a comprender una gloriosa ambigüedad. La Torá dice que en el Sinaí los israelitas escucharon una "gran voz *velo yasaf*" (Deut. 5:18). Se han dado dos interpretaciones contradictorias de esta frase. Una la entiende como "una gran voz que nunca volvió a oírse"; la otra, como "una gran voz que no cesó" – es decir, una voz que siempre volvió a oírse. Ambas son verdaderas. La primera se refiere a la Torá Escrita, dada una vez y nunca repetida. La

segunda se aplica a la Torá Oral, cuyo estudio nunca ha cesado.

También nos ayuda a entender por qué solo después de las segundas Tablas, y no de las primeras, "cuando Moshé descendió del Monte Sinaí con las dos Tablas del Testimonio en su mano, no sabía que la piel de su rostro resplandecía porque había estado hablando con Dios" (Éx. 34:29). Al recibir las primeras Tablas, Moshé fue pasivo. Por eso, nada en él cambió. Para las segundas, fue activo. Tuvo parte en su realización. Labró la piedra sobre la cual habrían de grabarse las palabras. Por eso se

convirtió en una persona distinta. Su rostro resplandecía.

En el judaísmo, lo natural es mayor que lo sobrenatural en el sentido de que un "despertar desde abajo" es más poderoso para transformarnos, y más duradero en sus efectos, que un "despertar desde arriba". Por eso las segundas Tablas permanecieron intactas mientras que las primeras no. La intervención Divina cambia la naturaleza; pero es la iniciativa humana – nuestro acercamiento a Dios – lo que nos cambia a nosotros.



Preguntas Para La Mesa De Shabat

1. ¿Por qué las cosas en cuya creación participamos suelen perdurar más que aquellas que simplemente recibimos?
2. ¿Qué tiene un impacto más fuerte en ti: una inspiración repentina, o un cambio que logras con esfuerzo?
3. La Torá Oral es un ejemplo de asociación con Dios. ¿Cómo cambia nuestra relación con Él?